

# BIBLIOGRAFIA

---

**Institutiones Historiae Philosophiae**, auctore *Friderico Klimke*, S. J., Doctore Theol., in Pontificia Universitate Gregoriana, in Urbe, Philosophiae lectore. Vol. I: X 388 pag. Vol. II: IV 453 pag.; Pretium, Lib. 42.

El esclarecido autor de las «Instituciones de la Historia de la Filosofía» P. Klimke, profesor de la Universidad Gregoriana en Roma, es ya muy conocido por sus beneméritos libros, y artículos escritos en varias revistas, en pro de la religión y de la filosofía cristiana, y es sin duda uno de los más aptos para escribir la historia de la filosofía, pues como profesor y escritor conoce lo antiguo y lo moderno de ella; por eso con mucho gusto saludamos la aparición de la presente obra, digna de la fecunda pluma del ilustre escritor.

En ella se ha propuesto dos fines: contribuir a que los alumnos de los Seminarios y Universidades pontificias adquieran los conocimientos histórico-filosóficos necesarios, y ofrecerles una como introducción al estudio científico-crítico de la historia de la filosofía. Advierte el autor que no pretende examinar críticamente cada uno de los sistemas filosóficos, y ciertamente que esto le llevaría demasiado lejos, sino hacer de tal modo la exposición de varios sistemas afines, que en ella vaya de cierta manera implícita o «inmanente» la crítica, lo cual nos parece muy bien, ya porque generalmente eso solo basta, ya porque así se reducen considerablemente los límites de la obra.

El método seguido es el corriente en los manuales escolásticos de este género: exponer por orden cronológico las notas características de las diferentes escuelas, su evolución, transición e influjo, su apogeo y decadencia, la esencia y estructura de los sistemas, y el carácter general de cada una de las grandes épocas. Divide toda la historia de la filosofía en cuatro edades, y cada una de éstas la subdivide en periodos tricotómicos. La 1.<sup>a</sup> edad abarca desde 700 años antes de Jesucristo a 600 de Jesucristo; es la preparación y primera evolu-

ción de la filosofía perenne de los antiguos; la 2.<sup>a</sup>, que se extiende hasta el siglo IX, expresa la formación, plena evolución de la filosofía en los tiempos patrísticos de la Iglesia; la 3.<sup>a</sup>, comprende las escuelas filosóficas de la Edad Media (800-1450); y la 4.<sup>a</sup>, que llega hasta nuestros días, trata de las orientaciones contrarias a la filosofía cristiana, de la continuación de ésta durante este período y de la restauración de la filosofía escolástica.

El orden, la claridad, la erudición, la solidez de criterio y la imparcialidad, son las cualidades generales que descuellan en la obra, y no es ésta pequeña alabanza, pues no siempre se hallan reunidas todas estas cualidades, aun en los libros de mérito y de ilustres autores; pero tiene además otras propiedades excelentes que son especiales, y es la primera, que expone bien la marcha y evolución del pensamiento filosófico a través de las edades y escuelas, y al final de cada una de las cuatro edades echa una mirada retrospectiva para subrayar su carácter y modalidades respectivas. Este trabajo, que se echa de menos en casi todos los autores, supone, aun expresado en pocas páginas, con el nombre de «Conspectus...», mucha lectura, e indica que el autor se ha penetrado bien del espíritu de la época y conoce sus diversas orientaciones y el predominio de unas sobre otras. Son notables a este propósito sus hermosas disertaciones acerca del período de «iluminación» y del «criticismo positivista».

También hemos leído con especial complacencia las páginas que dedica al más grande de los maestros, Santo Tomás de Aquino, y al más grande de sus discípulos, P. Francisco Suárez. Ambos aparecen a la altura de su significación personal, con el relieve que ofrecen por sus obras, y con la gran sombra que proyectan por su influjo. Advierte atinadamente (I, 197)—y es advertencia necesaria si se quiere entender y apreciar bien la mente de Santo Tomás en los pasajes paralelos y difíciles de conciliación—que es preciso tener presente la fecha o época de la vida en que el Doctor Angélico escribió sus diferentes libros. Al hablar del Eximio Doctor, nota acertadamente: «*Prae omnibus aliis premit vestigia S. Thomae, quem summo amore, summa reverentia prosequitur. Fere in unaquaque pagina ad Doctorem angelicum provocat, in singulis quaestionibus prae aliis S. Thomam respicit, ejus doctrinas exponit, novis argumentis illustrat, ultteriores sequelas deducit et ad novas quaestionibus applicat. Si autem ei a doctrina S. Thomae recedendum esse videtur, hoc non nisi*

magna cum reverentia et post diligentissimam in omnia argumenta inquisitionem facit» (I, 285). Muy bien; así se hace obra de unión y armonía, que tanto el maestro como el discípulo se lo agradecerán. A pesar de ser un libro dedicado a los alumnos, hace a veces la grata y elevada impresión de una obra de consulta, y es principalmente por tres razones: 1.<sup>a</sup>, porque no se limita como otros a examinar la obra individual de tales o cuales filósofos o sistemas, sino que amplifica y extiende su mirada, abarcando el carácter de grandes épocas o períodos (I, 74, 123, 259, 364; II, 216, 328); 2.<sup>a</sup>, porque aventaja también a la mayor parte de los historiadores de este género con su vasta erudición, antigua y moderna a la vez, especialmente de autores y obras, citando con precisión las vidas o épocas de aquéllos y la publicación de éstas (per totum), y por el abundantísimo índice de nombres y materias (vol. II, al fin); 3.<sup>a</sup> por la copiosa literatura bibliográfica al final de cada artículo y por las tablas sinópticas que están bien especificadas, hechas con interés y simetría, y son un buen auxiliar para repasar en un momento toda la historia.

Pero ya que el autor es muy competente y la obra muy digna, que si por algo peca es por carta de más; y por esto, y porque estamos seguros de que el benemérito P. Klimke las recibirá bien, nos permitiremos hacerle unas ligeras observaciones, a que fácilmente puede satisfacer en la siguiente edición. Sea la primera, que la obra resulta demasiado voluminosa para manual de texto; para un curso, que es lo que se da a la historia de la filosofía, convendría reducirla a la mitad, simplificando la parte antigua, que cae del lado allá de la filosofía de Kant, abreviando las notas bibliográficas y los índices alfabéticos que por su mucha extensión son más bien un lujo para un simple manual, y poniendo en tipo pequeño una buena parte del texto; 2.<sup>a</sup>, que en las notas bibliográficas, debería distinguir con asteriscos o de otro modo las obras principales y clásicas de las de segundo orden, porque de otro modo, como el discípulo no las tendrá todas a mano, no sabrá a cuál dar la preferencia; 3.<sup>a</sup>, que en la enumeración de las obras de consulta, al hablar de las orientaciones heterodoxas, conviene distinguir, para conocimiento del alumno, las expositivas de las críticas y las buenas de las malas; 4.<sup>a</sup>, que abreviando mucho la parte antigua, de algún modo, antes indicado, se extienda más en la contemporánea, pues faltan muchos nombres de filósofos de nuestros días, y en los que cita apenas se detiene, y quedan, si no vacíos, bastante pobres

algunos sectores del movimiento filosófico contemporáneo, v. g., de espiritismo y la teosofía, de la psicología experimental, normal y patológica. Esto, a lo que juzgamos, se debe sin duda a que la gran guerra europea le ha impedido, como es natural, de seguir el movimiento filosófico de una parte de Francia, Inglaterra, España y América. Y esto último nos lleva como por la mano a indicar al esclarecido autor, que con sólo añadir un tomo, que podría llenar con el movimiento filosófico contemporáneo, y con un buen cuadro, índice o tablas de orientaciones o escuelas filosóficas, sus autores y su pensamiento característico o predominante, por orden de su oposición en la historia, como lo hace el Dr. Herranz, en su «Historia de la Filosofía», vendrían a ser una buena obra de consulta las presentes «Instituciones de historia de la filosofía», y que por el contrario, con reducir los dos tomos a uno, quedarían perfectamente convertidas en un manual o compendio muy manejable.

E. UGARTE DE ERCILLA

---

**Saint Bonaventure et les Luites Doctrinales de 1267-1277**, por le Fr. Jules d'Albi Frère-Mineur Capucin. Tamines. Imprimerie Ducolot, Libraire-Éditeur, 1922. Un vol. de 198 × 130 mm. y 260 págs.

Lo que intenta el R. P. D'Albi en este libro nos lo significa paladinamente en la página 242 por estas palabras: queremos determinar la parte que San Buenaventura tomó en el movimiento intelectual, en el período de 1267-1274, haciendo ver que la resistencia a las novedades de Santo Tomás tuvo por principal campeón al Doctor Seráfico; y que la doble impugnación antiverroísta y antitomista considerada por De Wulf y el P. Mandonnet, O. P., como dos partes de un todo, no reconoce su origen en un sentimiento de innoble rivalidad del bienaventurado Juan Peckam, o de los Maestros seculares, sino en el espontáneo afecto que San Buenaventura profesó siempre a la verdad y al enseñador de ella Cristo Señor Nuestro. Combate sin conmiseración a todo el que la anubla, a los judíos, astrólogos, maniqueos, doctores seculares, averroístas, Fr. Tomás. Una sola cosa preocupa al Santo: mantener en toda su entereza la verdad teológica comprometida por las audacias de Siger de Bravante y sus secuaces y por las regresiones inadmisibles de Tomás de Aquino.

Abárcase toda la materia en diez párrafos, que ostentan estos títulos: la amistad de los Santos no exige la identidad de miras científicas; introducción de Aristóteles por los maestros de Oxford y París y crea Alejandro de Alés el método escolástico; introduce entre los dominicos al Estagirita Alberto Magno; personalidad de San Buenaventura; novedades de Santo Tomás, y su condenación por el Obispo de París, Esteban Tempier; papel de Juan Peckam; el Doctor seráfico primer promotor de la doble impugnación antiverroísta y antitomista, 1267-1270; torna San Buenaventura a la lucha intelectual, resistencia total al tomismo; completa su acción con una orden sobre los escritos; conclusión, en que se muestra la necesidad de inspirarse en el espíritu de los escolásticos (del siglo XIII) para dar a la Iglesia de Jesucristo su verdadero lugar en la ciencia.

Toda esa serie de materias se eslabona hábilmente para hacer resaltar las dos partes de su tesis favorita: San Buenaventura fué desde 1267 el verdadero iniciador de la polémica contra los averroístas; en sus sermones, o como ahora diríamos, conferencias, refutó sus errores del entendimiento único para todos los hombres, subordinación de las acciones terrenales al influjo de los cuerpos celestes, y de ahí necesidad de la voluntad humana, eternidad del mundo, impasibilidad del alma separada en lo que toca al fuego corpóreo, ignorancia en Dios de las cosas fuera de su esencia y de los actos singulares, negación de la providencia en orden a las operaciones humanas. No se concretó a solo el averroísmo; combatió a la par al tomismo en sus novedades o regresiones aristotélicas, concernientes a la imposibilidad de probar racionalmente la creación temporal del mundo, a la unidad de forma substancial, simplicidad de los seres espirituales, distinción real del alma y sus facultades, constitución esencial de la felicidad eterna en la inteligencia y repudio de las razones seminales. El Doctor seráfico, fiel discípulo de Alejandro de Alés y de San Agustín, no podía ver con buenos ojos que en estos puntos se dejase por Aristóteles el común sentir platónico-agustiniano.

El R. P. D'Albi manifiesta singular destreza en aprovecharse de los documentos existentes, sacando no escaso fruto de ellos; concede particular importancia a la cronología, que se esfuerza en determinar con esmero, y en una y otra cosa estriba para inferir sus conclusiones que destruyen no pocas proposiciones que pasaban casi por axiomáticas, como, v. gr., la intervención principalísima de Santo Tomás

en la contienda contra los averroístas, la oposición formidable del Beato Peckam al Doctor Angélico y al tomismo, y la escasa o nula participación del Seráfico en ambas controversias averroístas y tomistas confirmada por el modo de hablar de los Padres Editores de Quaracchi. Nota asimismo bien los flacos de las afirmaciones de los adversarios y pónelos muy de relieve. Así al atestiguar Peckam que el Doctor de Aquino sometió sus doctrinas en cierta disputa mantenida en París al juicio de los maestros de la facultad de Teología, el P. Mandonnet lo interpreta de un juicio definitivo, y no se alude sino a un juicio ordinario. Cuando este mismo Padre da un valor absoluto al dicho de los testigos del proceso de la inquisición referente a la paciencia y humildad con que sufrió Santo Tomás las intemperancias y desbocamientos de Peckam, no tiene en cuenta el período de eferescencia que hubo entre los dominicos de 1274 a 1318, que desaconseja aceptar como fundado un rumor que sólo corría entre ellos.

Mas no siempre discurre el R. P. D'Albi con igual serenidad; a veces su amor a las glorias franciscanas ofusca su clara mente hasta el punto de arrastrarle a los confines de la injusticia. ¡Qué pintura tan desairada hace del príncipe de los Teólogos Santo Tomás de Aquino, a pesar de tributarle algunos elogios! No solamente le representa como inferior en Teología a San Buenaventura y a Escoto, sino también como a un novador que sostuvo un aristotelismo agudo que no acertó a conciliar con los principios cristianos (pág. 88), ni supo dar a la ciencia todo el esplendor que de él se aguardaba (pág. 91). Pero ¿a quién se dirige el esclarecido autor? ¿Puede alguno creer semejante cosa del teólogo excelso e incomparable que, al decir de Juan XXII, iluminó la Iglesia más que los otros doctores?

Pues no es más halagüeño el bosquejo que traza de la portentosa Suma Teológica, aunque atribuye sus malos efectos, no a su autor, sino a los reformadores de la pedagogía universitaria. Sustituyeron éstos, dice, al manual de Teología positiva de Pedro Lombardo con el enorme manual de metafísica teológica, que se llama Suma Teológica de Santo Tomás; de aquí se originaron el desdén que se hizo de la Escritura y tradición, la división de los espíritus, y esos cursos de filosofía y teología que mataron el verdadero saber teológico y a la Escolástica. ¡Exageraciones palmarias! El renacimiento y esplendor de la Teología en el siglo XVI, se debió en parte a que se adoptó por texto la Suma, de donde provino, dice Van Noort, *doctrina purior*

*atque profundior, ordo concinnior*, una doctrina más pura y profunda y un método más bello. Los teólogos postridentinos jamás menospreciaron la teología positiva que explicaron armónicamente con las especulaciones escolásticas; no negaremos, sin embargo, que concedieron a éstas una parte mucho mayor; en cambio, se introdujeron la Escritura, que tenía sus clases aparte, y la moral, que se declaró ciencia independiente. Los hombres frívolos, de quienes dice el preclaro autor, que hastiados de la escolástica, se pasaron a los reales del protestantismo, dieron ese mal paso, no precisamente por esa razón, sino impulsados por sus desenfrenadas pasiones; y en sus denuestos y aborrecimiento al escolasticismo, no excluyeron ni a los escotistas, ni siquiera a los teólogos del siglo XIII. Es verdad que con el tiempo degeneró la enseñanza de la teología escolástica, lo cual se ha de mirar como achaque de las cosas humanas, pero de modo alguno imputable a la Suma; y la prueba la tenemos en que no se libraron de la decadencia los seguidores de Escoto y Ocam, que, según el P. D'Albi, eran las tres cuartas partes de los teólogos.

Por quitar importancia al Angélico o rebajar su mérito, hace varias aseveraciones en pugna con los dictados de la historia. 1.<sup>a</sup> Asienta que tuvo el Santo, en cinco siglos, hasta el tiempo de la revolución francesa, pocos discípulos en Francia, Inglaterra, Alemania, Italia, aunque en España contó muchos, singularmente al incomparable Melchor Camo (sic). No lo reputamos exacto; basta repasar el *Nomenclator* de Hurter para persuadirse de lo contrario; desde que empezó a resucitar la Teología escolástica en la época postridentina, en todas partes, en donde florecía o se cultivaba aquélla (y nótese esto bien), los tuvo en abundancia. Gener, en su imperfecto catálogo teológico, enumera 55 comentadores de la Suma en el siglo XVII; de ellos ocho franceses, otros tantos italianos, tres belgas y tres portugueses (1). Que en las aulas universitarias se explicaba al Angélico, ya parece concederlo el ilustre autor. 2.<sup>a</sup> De los jesuitas atestigua que eran partidarios de Ocam. ¿En qué se funda? En que lo afirma Eusebio Amort. ¿Sí? Pues también atestigua que son ensueños y delirios las revelaciones de la V. María Agreda, y no se lo creyeron tan fácilmente los

---

(1) En su *Caduceus Theologicus*, Matriti, 1733, tomo I, pág. 46, dice el P. Quadros, S. J.: «Forem injurius si saltem in Hispaniis, Italia et pene tota Europa catholica auferrem ab eo totius doctrinae Scholasticae principatum...»

franciscanos, que bravamente le impugnaron. Lo gracioso es que el R. P. D'Albi atribuye a los jesuitas y a su fervor de neófitos el haber puesto de texto la Suma en la enseñanza teológica para propagar el ocamismo. ¡Cosa más rara! ¡Poner de texto a un adversario de Ocam, como lo es Santo Tomás, según confesión del insigne capuchino (pág. 94) para enseñar las doctrinas del Venerable Inceptor! Naturalmente, también comentaron la Suma innumerables hijos de San Ignacio, a fin de hacer el juego al Doctor Invencible (1). Lo peor para los ocamistas, es que desde entonces empezó a predominar en donde quiera el Angélico, y a Ocam se le condenó al ostracismo, y por maravilla se pronunciaba su nombre en las Escuelas sino en son de refutarle. ¡Qué pobre idea tiene el R. P. D'Albi de los jesuitas, a los que acusa implícitamente de violar descaradamente su Instituto, que les obliga a seguir al Doctor de Aquino! Menos mal que en una cuestión de importancia, en la elección a la gloria *post praevisa merita*, Lesio y no pocos hermanos suyos en religión, pueden contar con la grande autoridad de San Buenaventura; en eso, por lo menos, no se les tachará de ir mal acompañados. 3.<sup>a</sup> Como muchos cursos, *clípeos* y manuales teológicos, se inspiran en las doctrinas de Santo Tomás, trina contra ellos, por copiarse unos a otros y engendrar la ruina de la Teología. Mas eso de copiarse, no parece exclusivo de semejantes libros; los teólogos del siglo XIII, que para el esclarecido capuchino son los gigantes de la teología, también se aprovechaban unos de otros; y aun dice del Seráfico el autor, que no hacía sino reproducir los argumentos de Alejandro de Alés, y que no inventó nada nuevo (pág. 84); y de Santo Tomás, que en la 2.<sup>a</sup> 2.<sup>ae</sup>, depende, no poco, del mismo Alejandro (página 28). En todos los cursos de todas las ciencias y aun en todas las obras que se ocupan en una misma materia, acaece que unos se copian a otros, por lo menos en ciertas ideas. La ruina de la teología escolástica no dependió de eso, sino de una congerie de causas que pueden verse indicadas sumariamente en Van Noort (tomo I, página XIX). 4.<sup>a</sup> Al R. P. D'Albi la época teológica post-tridentina le

(1) Dice Quadros (ibid, pág. 60): «Statim ac Societas obtinuit Cathedras et discipulos, caeperunt D. Thomae commentaria doctissima et frequentissima volitare ultra centum et viginti scriptores celebres eiusmodi Bibliotheca testatur (praeter recentiores quam plurimos, qui D. Thomae monimenta Scholastica elucidarunt)».



merece poquísimo aprecio; y en ello, ciertamente, se alucina. Tendrán sus defectos aquellos teólogos, pero habían estudiado perfectamente a los maestros del siglo XIII, cogido de ellos lo mejor, corregido sus errores, expuesto las doctrinas con más orden, claridad, solidez y profundidad, y hallado o desenvuelto ciencias e ideas nuevas, como los principios del derecho de gentes, los lugares teológicos, la teología práctica, la mariología, la concordia de la libertad con la gracia, naturaleza del pecado original, reviviscencia de los méritos, esencia del sacrificio de la Misa, etc., etc.

He tenido el gusto de cotejar a S. Buenaventura con Vázquez, nada más que en el tratado de *Sacramentis in genere*. Unicamente indicaré, ciñéndome a la definición del Sacramento, por no alargarme, que alega este ilustre teólogo jesuita todas las principales dadas hasta su tiempo; dos del Maestro de las Sentencias y las de Hugo Victorino, catecismo de Pío V y Graciano; menciona, sin contar a Santo Tomás a quién comenta, a Lombardo, Hugo de San Víctor, Buenaventura, Gabriel, Ricardo, Aliaco, Ocam (al que reprende por excluir de la definición el signo sensible necesario en los sacramentos instituidos para los hombres), Durando, Escoto (cuya justificación hace contra Soto, que le fustiga por suponer relación en el Sacramento), a infinidad de autores modernos, a los Santos PP. Agustín (repetidísimas veces), Gregorio, Isidoro y Pseudo-Dionisio, al protestante Kemnicio nominalmente y a otros herejes en globo cuyas definiciones omite por encerrar errores que ha de impugnar en otros lugares. Por supuesto que trae las citas precisas y a veces las mismas palabras y su mente, en lo que no puede haber engaño o ilusión. Y lo que se afirma de una cuestión, téngase dicho en proporción de todas. Ni se olvide su estilo latino facilísimo, elegante en su género didáctico, salpicado de palabras y frases griegas y hebreas denunciadoras de que poseía ambos idiomas. Sí; San Buenaventura será siempre uno de los maestros más autorizados; pero no hay que despreciar a los teólogos del siglo de oro de la ciencia española que acaudalaban un tesoro riquísimo de conocimientos.

Dado el concepto que tiene el R. P. D'Albi del rebajamiento actual de la Teología y de las *causas* que lo producen, no es de admirar que quiera que volvamos los ojos a aquellos grandes maestros del siglo XIII para levantarla de la postración en que yace: pero desea que, más que seguirlos a la letra, los imitemos en el espíritu.

● Deseo que estimamos poco fundado y no muy necesario, puesto que quien puede mandar nos ha trazado la senda que hemos de andar en la renovación o reconstrucción filosófico-teológica y señalado con el dedo el expertísimo guía de ese camino, Santo Tomás de Aquino; sin que esto impida que estudiemos a aquellos excelentes teólogos y saquemos todo el fruto posible de sus luminosísimas enseñanzas.

No tome a mal, el insigne capuchino, R. P. D'Albi, estas advertencias, que no significan de manera alguna que desestimamos su obra; la consideramos bien trabajada y que contiene muchos aciertos; mas su ardor por la causa que mantiene y su cariño a un varón tan santo y tan sabio como el seráfico Doctor San Buenaventura, altísima gloria de la ciencia teológica, han podido en algunos puntos oscurecer su perspicacia y enturbiar la limpia corriente de su discurso.

---

Biblioteca de tomistas españoles: director, R. P. Luis Urbano, O. P. Volumen I de la Biblioteca: **La Evolución Homogénea del Dogma Católico**, por el R. P. Fr. F. Marín-Sola, O. P. Maestro en Sagrada Teología y Profesor de Suma Teológica en la Universidad de Friburgo (Suiza). Madrid, **La Ciencia Tomista** (Claudio Coello, 114.) Valencia. (Real Convento de Predicadores, apartado 145). Año 1923. Un volumen de 260 x 175 mm. y 600 págs. Precio: 22 pesetas en rústica y 25 hermosamente encuadernado en tela, rótulos en oro.

En este voluminoso libro trata su esclarecido autor de explicar y poner en claro la evolución homogénea del dogma católico, en el puro terreno escolástico, y de enderezarla por derroteros tomísticos, deshaciendo las dificultades que pueden ofrecerse en este asunto que, a juicio de no pocos, estaba determinado. Contiene la obra siete capítulos: Evolución en general y de las diversas especies y grados de evolución doctrinal; evolución del dogma y virtualidad implícita del dato revelado; evolución del dogma y la autoridad de la Iglesia; diferentes vías de la evolución del dogma; extensión de la evolución del dogma y de la refutación de la moderna fe eclesiástica; solución de las objeciones contra la evolución del dogma; evolución del dogma y la opinión tradicional. Los capítulos se distribuyen en diversas secciones. Terminase con un epílogo en que se compendia lo discutido en la obra, como se colige del siguiente epígrafe: Resumen de los siete capítulos; el material, el proceso, la causa principal, los facto-

res instrumentales y la extensión de la evolución dogmática; una cuestión principal y otra secundaria; la verdadera fórmula de la evolución homogénea del dogma; el Lirinense y Santo Tomás.

La materia de este libro, aunque parece sonar como una impugnación del modernismo y dirigirse contra los Loysy, Tyrrell, Le Roy y el Programma Risposta de los modernistas, ya hemos indicado que se reduce a una contienda escolástica sobre la inteligencia del virtual revelado y carácter de la inclusión teológica. Ni siquiera se alude a las opiniones que sobre este punto mantuvieron los teólogos protestantes. Expone el R. P. Marín-Sola la cuestión con mucha amplitud y abundancia de doctrina, innumerables citas de autores antiguos y modernos, orden en la distribución de las especies y claridad de conceptos que se repiten, tal vez, en demasía. Pero es natural que en temas implicados y escabrosos en que intervienen diversos intereses y ocurren diferentes modos de interpretar las doctrinas teológicas, no estén contestes los teólogos y aparezcan discordancias entre las distintas escuelas; las dos últimas secciones de su obra las dedica el preclaro dominico a desatar las objeciones que contra sus afirmaciones y sistema se han hecho. Otras concernientes a la parte esencial de su teoría y aun a consecuencias de aquélla derivadas se le propusieron en *Razón y Fe*, según puede verse en los tomos 32, pág. 298; 34, pág. 155; 45, pág. 24, y 46, pág. 301. Inútil es, por tanto, que volvamos sobre lo mismo y repitamos cansadamente observaciones anteriormente expuestas. De todos modos el elogio de esta erudita obra queda hecho con sólo significar que el R. P. Marín-Sola es aficionadísimo a Santo Tomás de Aquino y a sus puras enseñanzas y que impugna implacablemente a cuantos se le figura que se apartan de las sentencias del glorioso Doctor Angélico, pasadas por el tamiz de su Escuela tomista, en punto al desenvolvimiento del dogma cristiano y cuestiones con él relacionadas.

A. PÉREZ GOYENA

